



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9777

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 7 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MME LEONIE BROUTIN

Modista de sombreros de París.

Ha llegado

PLAZA DEL REY, 16, PRAL.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramienta agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 y 42

TENER MARINA, O NO TENERLA.

Cuando hemos leído en los periódicos la noticia de que de hacer los honores a la escuadra francesa, anclada en la bahía de Cadiz, y compuesta de 18 buques, entre los cuales hay seis acorazados de primer orden, se había encargado la escuadra española, compuesta por junto de los cruceros *Alfonso XII* y *Conde de Venadito*, se nos ocurría pensar lo que dirán de nosotros los extranjeros, y la idea que formarían de nuestras fuerzas marítimas, y hasta de la formalidad de nuestro Gobierno.

Porque es cosa que no se concibe que se le dé el pomposo nombre de escuadra a la reunión de dos barcos de las condiciones del anticuado *Alfonso XII* y del moderno *Conde de Venadito*, que han de parecer juguetes al lado de los grandes acorazados que pasean sus banderas por los mares las potencias marítimas, y aun los pueblos que, sin tantas pretensiones, aspiran a la defensa de sus costas y de sus derechos en el mundo.

Aunque este asunto, que por referirse al ridículo en que nos ponen las denominaciones portuguesas que aquí se dan, tiene bastante importancia, no es para hablar de él para lo que principalmente escribimos estos renglones, sino para ocuparnos en otro que la tiene mucho mayor, bajo todos los puntos de vista, por estar relacionado con él, no solo el dinero de los contribuyentes, sino los altos intereses de la nación, que pueden un día verse comprometidos por falta de previsión y por seguir este sistema de *quiero y no puedo*, con que se vienen conformando todos los Ministros de Marina, que se marean más con los movimientos del coche y con las tempestades parlamentarias cuando a Madrid van, que con los balances de los barcos y las tormentas del mar.

¿Para qué emplea la nación millones y millones en la construcción de barcos?

¿Para tener una Marina? Pues es preciso que se sepa que con el sistema de tener los buques en los arsenales desarmados y sin lo necesario para su conservación, no se tiene Marina, y lo que se hace es tirar a millonadas el dinero de los contribuyentes, para encontrarse, el día en que los buques sean necesarios, con que están inservibles, con que las máquinas, complicadísimas, y aun más que complicadas costosas, en ellos embarcadas, se han estropeado y no andan fácilmente; con que para ponerlas en estado de servir hace falta mucho tiempo y más gastos, y por último, con que las cosas no funcionan como debieran, porque los que de prisa y corriendo van a tripular y dirigir los barcos no conocerán como debieran, las múltiples dificultades de las embarcaciones modernas, para conocer las cuales hace falta estudio detenido por parte de los que las mandan, de la oficialidad y hasta de la marinería.

A jefes dignísimos de la Marina les hemos oído decir, hablando del *Reina Regente* y del *Pelayo* que a los dos meses de mando y de estudio habían logrado sólo a medias conocer los buques citados, añadiendo que el conocimiento completo de la embarcación es de necesidad absoluta para su comandante, no sólo en tiempo de guerra, sino aun en tiempo de paz y cuando sólo se trata de navegar por esos mares.

En los momentos actuales, en la que la llamada escuadra española se compone de dos barcos insignificantes que suman 6 000 toneladas, están, en este Departamento el *Pelayo* componiendo sus calderas lentamente; la *Vitoria* y *Numancia*, hermosos buques para resistir el fuego de los cañones de tiro rápido, pidiendo máquinas y artillería modernas; el *Lepanto*, pendiente de expedientes; el *Cataluña*, en grada como sus iguales el *Princesa de Asturias* y el *Cardenal Cisneros*, faltos de materiales para terminar su construcción; en Ferrol, el *Alfonso XIII*, sin acabar su equipo; el *Infanta María Teresa*, esperando las torres y artillería gruesa; en Bilbao, el *Vizcaya* y el *Oquendo*, sufriendo las dilaciones de la incautación, y el *Carlos V*, que va pareciéndose al Canal Imperial, en los años que van pasando desde que se proyectó, en el astillero de Veamurgia.

Preciso es que se sepa que tener Marina no es tener buques, casi sin tripular, perdiéndose amarrados a los muelles, sino tener los navíos en condiciones de servicio, empleando para su conservación las cantidades y los cuidados indispensables.

Para esto es necesario que el Estado se imponga sacrificios parecidos a los que en todas partes hacen; pero de no querer ó no poder hacerlos, sería preferible decidirse a no tener Marina para los gastos, ya que solo para ellos existe por el sistema en uso.

La cuestión bien puede plantearse en estos términos.

O tener barcos, ó no tenerlos.

No teniéndolos, se exponería la nación a graves contingencias, quedando abandonadas nuestras

costas y nuestras posesiones ultramarinas al cuidado de la Providencia, pero, por lo menos, no se tirarían al agua inútilmente millones y millones.

Hay que pensar en esto con seriedad, y abandonar la errónea idea de que España es potencia marítima porque se permite el lujo de pasear por ahí en coche galoneado a los generalmente inactivos, silenciosos é inútiles Ministros de Marina.

(De La Monarquía.)

La tasca del Celipon O EL MEETING DEL OTRO DIA

I

—Gracias a Dios Gorgonio que te he echado la vista encima.

—Calle Bernardino

cuanto tiempo sin vernos.

—No esperabas

este hallazgo, ¿verdad?

—Hombre, te digo

francamente que no, pero me alegro

el haberte encontrado.

—Digo lo mismo

porque tengo que hablarte de un asunto

de mucha descendencia.

—No adivino.

—Pus iremos si quieres a la tasca que ha abierto el Celipon anoche mismo y allí te contaré con desahogo la mar de cosas.

—¿Si? Pus anda chico.

—Faleles, Celipon.

—Hola muchachos

veo que os acordáis.

—Hemos venido

este y yo por probar ese morapio

que tendrás reservao pa los amigos.

—Y que es del superior.

—Me lo frugo.

En cuanto ayer me dijo el Casimiro: ¿sabes que el Celipon el de la Pocha se establece esta noche? me dió un blinco la caja de la sangre y fui y me dije, pus en cuanto que pueda le vestito, y mia tu lo que son las coincidencias, después de estar sin vernos año y pico me topo yo con este ahora hace un rato junto a la empalizada de ese derribo que están ahí derribando.

—¡Qué gacholis

la sombra que tinas!

—Cállate chico,

si ocurren unas cosas en el mundo

la mar de estabazas.

—Y me imagino

que quedreis unas copas.

—Si las sirves

veremos que tal mosto te has traído.

—Muchachos sirve aquí a estos caballeros

—Bueno, pus Celipon, con ta premiso

nos vamos a sentar en esta mesa.

—¿Qué quieren los señores?

—Tráete vino.

II

—Pues empezad Bernardo cuando gustes que por saber me tienes intranquilo

—Apuremos primero.

—Me parece,

porque así estarás luego más ímplico y contarás mejor toas esas cosas que tienes embaulas.

—Y pues a decirlo

que yo con mostagan dentro del cuerpo tengo más oratoria que un ministro; y si no que lo digan en el metin que antiyer celebramos; ¡me di un pisto!

—No estaba yo enterao de que tú hablabas.

—Pus no me estás oyendo...

—Vaya un gicho

las cosas que te traes.

—Pus te decía

que antiyer en el metin, los amigos como saben que valgo, me eligieron pa que diese en la sala cuatro gritos

—¿Y de qué les hablastes?

—Hombre, mira;

tú ya sabes que yo poseo el vicio

de los alcoholes.

—Si.

—Pus aquel día

me colé en la taberna de Cirilo

y ¡zas! de una sentá me tiré al cuerpo

un frasco de á cuartillo; luego vino

á buscarme á la tasca un compañero

decente como pocos, pero un primo

que siempre está en el aire

—¿Es aronauta?

—Es albañil y gracias, y me dijo:

«Oye Bernardo, sé que eres un hombre

que hablando vaies mucho», lo acreditó,

le respondí en el azlo, «pus, si quieres,

déjate de beber y ven conmigo.»

Nos derejimos luego hacia la calle

en donde está el local, y allí ¡chiquillo!

me recibieron todos en palmitos

como si fuera un Pi.

—¿Tú suerte.

—¡Digo!

Habló primero el compañero Gómez

y se portó tan bien que le aplaudimos.

Luego le tocó en turno al Celipon

que es más bruto que un guey.

—Siempre lo ha sido.

—Y en cuanto terminó le tocó á menda

derejirles la voz. Valiente cisco

el que yo promoví con mi oratoria.

¡Dejé á toos los que hablaron tamañitos!

Qué les diría yo, que en un ascoso

de entusiasmo de buten, cuatro ó cinco

me llamaron gracioso y uno de ellos

en el dislocamiento del delirio

fué y me tiró una bota.

—Y tú, ¿qué biciste?

—Destaparla y beberme el contenido;

pero al ver esa acción, Faustino el Chepa

que tu ya le conoces, fue y qué hizo,

sin andarse en andróminas tirarme

otra bota también.

—Estuvo fino.

—Pero tu qué te piensas, calaguala.

¿que era una bota que encerraba líquido?

¡Pus si fué un brocegui con más tachuelas

que tiene el portillón de San Francisco!

Asto después de aquella salvajada

mu propia de un paguilé, como es Faustino,

rompo yo á hablar, mascon asombro noto

que se me empieza á andar el edificio.

—Aquello era el preludio de una curda.

—¡La mar de superior! pero yo digo,

con la fuerza moral que Dios me ha dado

me subo en el sillón, toso, me empino,

cierro los puños con coraje y rabia

y, haciendo un gran esfuerzo, les derijo

la voz en estos truninos: «Señores,

¡Viva la libertad! ¡Mueran los ricos!

¡La prepiedad es un hurto y un atraco!

Aquí lo que hace falta es paz... y vino

y rifones pa dar. ¡Elet! me grita

la concurrencia en masa, yo prosigo

el discurso empezao con más empuje

y, en fin, carcula tu por lo que he dicho

la ovación que llevé. Me dieron vivas

y casi toos los socios sin distingues

me tiraron las gorras y un gacholi

pidió que me bailase.

—¡Anda el obispo!

—Más yo dije que estaba con reuma

y así me descusé, más fué lo mismo,

se empeñaron en ello y yo no tuve

más remedio que darne cuatro blincos.

Pero cuando el turor se iba calmando

se me ocurre llamarles heroínos;

me aplauden, me vitoran y un viruli

me dá con un serrucho en los hocicos.

—¿De entusiasmo tal vez?

—Si; de entusiasmo

—Tu aquella ¡que animal!

—Ese adjetivo

fué el que yo pronuncié y de seguida

me fui hacia aquel pedazo de borrico

y después de inclinarme diánamente

le erupé cuatro veces de continuo.

—¡La madre de Noé, que sombra tienes!

—El, claro, se quedó mu sorprendido

de ver lo que yo hacía

—Y cualquiera!

—Y, antes de que volviera en sí, le atizó dos patás en mitá de la barriga

que le obligué á agacharse; pero chico no hien se hubo empinado, me sacude dos ó tres gofetás en un carrillo

que me atontolindó.

—Y, á él, ¿que le hiciste?

—Si no se le encontró por ningún sitio por más que le buscamos de esproceso

para darle una hupa, pero vino la pareja del orden, y ad, ¡magras!

dormimos en la preve cuatro ó cinco, nos soltaron, volvimos otro día

á pagar unos perros y ¡al avío!

Esto es lo que pasó, ni más ni menos.

—Pero tu te laciste

—Y bien lucido

—Pus mia pagalas copas que ya es tarde

—¿No tienes mosca tu?

—Yo ni mosquito.

—Pus igual estoy yo de coleópteros, pero ahora verás tu: Celipón...

—Chicos,

¿que es lo que sos ofrece?

—Poca cosa;

tu á mí ya me conoces

—Y de antiguo

—Pus mañana ó pasao te pagaremos

si no te corre prisa

—Eso es lo mismo

—Vaya pus hasta otra

—Adios muchachos

—Y que haiga mucha suerte.

—Ygal sus digo.

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ.

TIJERETAZOS

La guardia civil de Valls ha detenido á un hombre que se ganaba la vida estafando al prógimo.

Si todos los que adoptan esa manera de vivir fueran puestos á la sombra, ¡cuánta gente tendría que vivir al sol!

Los catalanes siguen agitando para impedir la aprobación de los tratados comerciales.

Muévanse cuanto quieran.

Por mucho que saranden el arbol, no ha de caer de la copa el Sr. Moret.

Por fortuna para él, el Sr. Sagasta ha hecho la aprobación de los tratados cuestión de gabinete.

Dice un telegrama:

«Coméntase mucho que D. Amós Salvador se haya excusado de asistir al Consejo, diciendo á varios ministros que se hallaba enfermo, cuando esta tarde se le ha visto pasear por los sitios más céntricos.»

¿Pero es que ya no puede un ministro ponerse enfermo oficialmente?

En Tolosa se ha celebrado un meeting proteccionista.

Y como es natural se ha puesto á los tratados de comercio que no hay por donde tocarlos.

Además, se tocó el *Guernicako arbola*, que yo no sé qué tendrá que ver con el tratado hispano-alemán.

¿Si se querrá convertir en himno proteccionista el canto de los vascuences?

Tendría que ver.

Dice «El Noticiero» de Barcelona:

«Por pasajeros venidos de Melilla se sabe que los vecinos de los presidios

mejores de la costa de Africa, se proponen solicitar colectivamente que se acrecienten las franquicias de sus puertos,

creídos de que podrían entablar un activo comercio con la Península importando géneros para los marroquíes.

Se anuncia con tal motivo que irán comisiones á Madrid, con el objeto de exponer al Gobierno este asunto.»